

TIERRA BUENA PARA QUE GERMINE LA PALABRA DE DIOS

[Mateo 13, 1-23]

Estamos en la semana 15 del Tiempo Ordinario y la Liturgia nos invita a reflexionar sobre nuestra disposición para que la Palabra de Dios produzca frutos en nosotros.

La parábola del sembrador tipifica los condicionamientos que pueden entorpecer la escucha fecunda de la Palabra. Según el evangelista (Mt 13, 1-23) estos aspectos serían: la indisposición (orilla del camino), la poca profundidad en la persona (empedrado / poca tierra) y las seducciones o agobios (espinos).

Para Jesús, la Palabra es la semilla de Dios, esparcida y lanza al viento para que al caer en la tierra que somos cada uno, eche raíz y fructifique. La Palabra es la fuerza creadora e innovadora por la que Dios rehace todo desde dentro. Nosotros somos la tierra que esta Palabra necesita para entrar en movimiento y transformar el mundo.

El núcleo de este evangelio está en la dicha o desdicha (gracia o desgracia) que se produce según sea nuestra actitud ante la Palabra. Los que han endurecido su corazón, se han cerrado, por eso, viendo, no son capaces de ver, y oyendo, ni oyen ni entienden. Mientras que los que trabajan su corazón para que esté abierto a la Palabra, son capaces de descifrar los misterios del mundo y deshacer los nudos de la vida.

Claramente que el Evangelio se está refiriendo a la disposición que debemos tener ante Jesús, que es la Palabra directa de Dios Padre. Acoger la Palabra es acogerlo a Él. Que seamos terreno empedrado, o camino baldío, o terreno espinoso, o terreno fecundo, va a depender de cómo nos colocamos ante la vida.

Estar en sintonía con Dios pasa necesariamente por sintonizar con la gente y con el mundo. En esta sintonía se decide nuestra capacidad de hacer que nuestro corazón sea como el de Dios o, por el contrario, se convierta en un corazón de piedra.

Desde esta sintonía con Dios y con la Vida es como puede entenderse lo planteado por Jesús: *Al que tiene, se le dará más y tendrá en abundancia; pero al que tiene poco, aun ese poco se le quitara; porque viendo no ve y oyendo no oye ni entiende.* Y es cierto, porque, quien dice ver, oír y entender, pero se cierra a las personas y a la vida, comienza a morir, aunque crea estar lleno de vida.

Somos tierra de Dios. Tierra buena. Así salimos de las manos de nuestro Dios. Pero en el camino, pude que se nos haya ido malogrando la calidad de esta tierra. Dispongámonos a quitar las piedras, espinos o superficialidades que empobrecen la tierra buena que somos, para que abiertos a la novedad de las personas, a la novedad del mundo y a la novedad de Dios, experimentemos la fecundidad en nuestra vida.

Podemos terminar con el texto siguiente

LA PALABRA

Todo fue maravilla de armonías, en el gesto inicial que se nos daba. Entre impulsos celestes y vibrantes, desde el fondo del color de nuestra alma.

Hasta el aire que anunciaba tempestades, cuando creí mi vida derrumbada. Tu palabra, aún sencilla que animaba, golpeó mi corazón, y se hizo llama.

Un sin fin de nuevas sensaciones transformaron en luz mi madrugada. Suaves fuerzas me alzaron la conciencia, para ponerme justo ahí, con mi vida liberada.

Con tu grata palabra, enternecida, tuvo firmeza mi pisada empobrecida. Tuvo mi fe una luz que acariciaba, al derribar esa pared que a mi alma ataba.

(Cf. Julia de Burgos)